

Racionalidad y diversidad cultural en Alfarabi

Jesús de Garay

(Universidad de Sevilla)

1. A modo de introducción

Este trabajo examina de qué modo Alfarabi establece ciertos usos de la racionalidad distintos de la racionalidad científica, tales como la dialéctica, la retórica o la poética. En general, en el aristotelismo medieval –independientemente de la tradición cultural o religiosa– la dialéctica, la retórica o la poética son consideradas frecuentemente como usos menores de la racionalidad. La perfección de la racionalidad se pone en la ciencia. El conocimiento en sentido propio y eminente sólo pertenece al conocimiento científico.

La superioridad de la ciencia frente a otras formas de racionalidad es un rasgo específico de la cultura occidental moderna, que procede en gran medida de Aristóteles y sus intérpretes medievales. El pensamiento moderno occidental ha heredado esta convicción aristotélica. Hoy sigue siendo una certeza generalizada en Occidente que la realidad es como dice la ciencia. En cambio, la dialéctica y la retórica han sido expulsadas del ámbito de la verdad y han sido marginadas como palabrería y propaganda.

Sin embargo, es dudoso que en la ciencia se encuentre la plenitud del saber. Más exacto sería decir que la ciencia es una forma de racionalidad entre otras, que presenta un aspecto de la realidad y omite otros. Esto no es ciertamente una tesis original. Pero quizá hoy conviene insistir en la importancia de la dialéctica, la retórica y la poética como formas diferenciadas de racionalidad y de conocimiento, tal como han recordado Perelman, Gadamer o Blumenberg. E insistir precisamente desde Aristóteles, que es quien paradójicamente más ha sido instrumentalizado para afirmar lo contrario.

La cuestión tiene interés en cuanto afecta a los presupuestos de la modernidad, ya que el rechazo del aristotelismo por parte de los “padres fundadores” de la ciencia moderna –como Galileo, Descartes o Bacon– implica un rechazo de la dialéctica y la retórica como métodos de investigación científica. El método científico moderno se opone programáticamente al método

dialéctico y retórico de los escolásticos y los humanistas del Renacimiento, así como a otras formas de racionalidad como la racionalidad poética y práctica.

En cualquier caso, importa subrayar que la ciencia no es un saber omniabarcante. Su análisis se reduce a un único punto de vista. Atiende sólo a un aspecto de la realidad: el aspecto de la unidad y la identidad. La suya es una consideración *sub specie identitatis*. En cambio, la dialéctica, la retórica o la poética consideran la realidad *sub specie differentiae*. Es decir, bajo el aspecto de la particularidad, la contingencia y la diversidad.

El estudio de estas cuestiones en Alfarabi ofrece una clara actualidad por las siguientes razones:

- a) Por un lado, el análisis de las formas de racionalidad que la modernidad ha marginado puede ser útil para una revisión crítica de los inicios de la modernidad.
- b) En segundo lugar, el análisis de otras formas de racionalidad diferentes de la ciencia puede posibilitar el diálogo intercultural, en tanto que la “excepción” occidental procede en gran medida de su fe en la racionalidad científica.
- c) En tercer lugar, Alfarabi presenta un especial interés por su forma de relacionar la diversidad cultural, la racionalidad y la ciencia.

2. Alfarabi como encrucijada

Son muchas las cuestiones que acabo de mencionar y todas ellas de gran complejidad, que requieren análisis minuciosos para su justificación. En estas pocas páginas deseo simplemente aludir brevemente a la posición singular de Alfarabi en este proceso de configuración de lo que podríamos llamar «racionalidad científica».

Quizá esto sea una obviedad para cualquier conocedor de la cultura y la filosofía musulmana, pero desde luego en España hablar de un pensador musulmán del siglo X afincado en Bagdad y Damasco como de un personaje central en la configuración de la modernidad occidental suena con seguridad a provocación o, al menos, a exageración. La razón de esta extrañeza es que

los «clásicos» de cada cultura no son los mismos. O con otras palabras: nuestros interlocutores son distintos.

Comenzaré mencionando brevemente algunas cuestiones relacionadas con la doctrina farabiana sobre las formas de la racionalidad. En este tema Alfarabi es deudor de la tradición alejandrina de comentaristas de Aristóteles, tales como Ammonio Hermias, Olimpodoro o Elías.¹ En la Escuela de Alejandría el *Organon* aristotélico incluye la *Retórica* y la *Poética*, además de las obras habituales (*Categorías*, *De la interpretación*, *Analíticos*, *Tópicos* y *Refutaciones Sofísticas*).

Alfarabi asume y sistematiza esta manera de organizar la lógica, de tal manera que los usos de la argumentación quedan distribuidos en cinco grandes bloques:² argumentación apodíctica, dialéctica, retórica, poética y sofística. O lo que es lo mismo, la racionalidad se articula según estas cinco formas. Esta división se corresponde asimismo con las conclusiones de cada forma de razonar: conclusiones ciertas, probables, persuasivas, imaginativas y falaces.

De este modo, la racionalidad por antonomasia es la racionalidad apodíctica porque es la única que aporta certeza completa, mientras que las otras únicamente producen opiniones probables en el caso de la dialéctica, persuasión en la retórica, representaciones imaginativas en la poética, e incluso falsedad en el caso de la sofística. La racionalidad apodíctica o demostrativa corresponde a la filosofía —que se corresponde con lo que hoy denominamos ‘ciencia’ en un sentido general—, mientras que otras disciplinas y actividades —como por ejemplo, el derecho, la gramática, la teología y la religión— emplean otras formas de racionalidad.

¹ Cf. Richard Walzer, *Zur Traditionsgeschichte der aristotelischen Poetik*, en: *Greek into Arabic. Essays on Islamic Philosophy*. Oxford: Ed. Bruno Cassirer, 1963, pp. 129-136.

² “La lógica señala los cinco métodos de razonamiento: el demostrativo, que produce un conocimiento cierto; el dialéctico, que se usa sólo para argumentar por medio de afirmaciones comunes y opiniones acreditadas, admitidas por todos los hombres sin demostrar, con los que se convierten en proposiciones meramente probables; el sofístico, que induce a error y a confusión, llegando a convertirse en una habilidad técnica para engañar y falsificar la verdad; el retórico, cuyo fin es persuadir al hombre acerca de cualquier opinión, pero sin producir el asentimiento propio de la opinión probable, característica del dialéctico; y en fin, el poético, que intenta provocar en la mente una representación imaginativa, a través de las palabras, para inducir al hombre falto de reflexión a aceptar o rechazar lo representado” (Rafael Ramón Guerrero, *Filosofías árabe y judía*. Madrid: Síntesis, 2001, p. 113).

En primer lugar, las proposiciones “apodócticas son aquellas cuya función consiste en producir un conocimiento cierto acerca de la cuestión cuya resolución se busca (...). La función propia de tales elocuciones es dar por resultado un conocimiento cierto. El conocimiento es cierto cuando lo conocido no cabe absolutamente que sea de otro modo; cuando no cabe en modo alguno y por ninguna causa que el hombre que lo posee se retracte de él, ni que él mismo conciba como posible tal retractación; cuando no cabe que le ocurran sospechas de error, ni le venga a las mientes sofisma alguno que le obligue a rechazar lo que ya conoce, ni dudas ni conjeturas”.³ Hay por tanto un tipo de racionalidad que se caracteriza por la necesidad de sus conocimientos y por la certeza absoluta de quien lo posee. Las premisas, las conclusiones y el proceso argumentativo se encadenan con tal necesidad que el cognoscente queda absolutamente cierto de dicho saber.

En segundo lugar, las proposiciones dialécticas “se emplean en dos casos: 1º, cuando uno arguye con afirmaciones de común sentir, de esas que todos los hombres admiten, tratando sólo de vencer al adversario sobre una tesis de cuya verdad éste responde, o defender contra él otra tesis con afirmaciones de aquel mismo género. Si el que arguye se propone vencer al defensor, pero con afirmaciones o medios que no sean de común sentir, y si el defensor intenta sostener su tesis o propugnarla, pero con afirmaciones que no sean tampoco de común sentir, entonces la función de ambos no pertenece al método polémico; 2º cuando el hombre se sirve de afirmaciones de común sentir como medios para sugerir sospechas vehementes de error en su propio ánimo o en el de otra persona, respecto de una opinión cuya verdad intenta comprobar, llegando hasta imaginar que sea cierta, sin que en realidad lo sea”.⁴

Por consiguiente, lo que caracteriza a la dialéctica es que se mueve en el terreno de las opiniones de las que todos están ciertos, pero no por su necesidad objetiva sino por la fuerza argumentativa que da el hecho de que todos – o la inmensa mayoría– comparten esas opiniones. Alfarabi insiste, siguiendo

³ Alfarabi, *Catálogo de las ciencias*. Trad. Ángel González Palencia. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Patronato Menéndez Pelayo-Instituto Miguel Asín, 1953, art. II, p. 26. Esta obra de Alfarabi influirá en los latinos a través de la versión de Domingo Gundisalvo, de título *De scientiis* (ed. de Manuel Alonso. Madrid: CSIC, 1954).

⁴ *Catálogo de las ciencias*, art. II, pp. 26-27.

a Aristóteles, en la importancia de esas certezas fuertes que todos comparten, aunque frecuentemente sean opiniones insuficientemente fundadas. Las certezas pueden ser casi tan fuertes como las proporcionadas por las demostraciones apodícticas, pero carecen de su necesidad. Por eso, son consideradas probables o incluso muy probables, en tanto que reciben el asentimiento de prácticamente todos los ciudadanos de una nación.

En tercer lugar, las proposiciones “retóricas son aquellas cuya función propia consiste en conseguir persuadir al hombre acerca de cualquier opinión, haciendo que su espíritu se incline a confiar en la verdad de lo que se dice y otorgar a ello su asentimiento, con intensidad mayor o menor; porque las adhesiones fundadas en la mera persuasión, si bien son inferiores en intensidad a la opinión muy probable, admiten entre sí varios grados, siendo unas más firmes que las otras, según que lo sean las elocuciones que las producen, puesto que, indudablemente, ciertas elocuciones persuasivas son más eficaces, más elocuentes, más fidedignas que otras; lo mismo ocurre con los testimonios: cuantos más en número, tanto más elocuentes y eficaces son para persuadir y convencer de la verdad de una noticia y para obtener un asentimiento más firme respecto de la verdad de aquello que se dice. Mas, a pesar de esta variedad de grados en la intensidad de la persuasión, ninguna de las elocuciones retóricas puede llegar a producir el asenso propio de la opinión muy probable, próxima a la certeza. Y en eso se diferencia, bajo este respecto, la retórica de la polémica”.⁵

Existe por tanto una jerarquía de mayor a menor certeza entre la ciencia, la dialéctica y la retórica. En ésta última la certeza puede ser también muy fuerte, pero la adhesión no se basa en la necesidad ni en la común aceptación de todo un pueblo, sino en la persuasión lograda por el orador mediante el discurso retórico en unas circunstancias determinadas. El convencimiento y la seguridad sobre la verdad puede ser aparentemente tan grande como en la ciencia o en la dialéctica, pero la persuasión depende de la confianza en el orador y en los testimonios aportados, y además depende de las circunstancias del momento, por lo que la intensidad de la certeza varía en función de ellas.

⁵ *Catálogo de las ciencias*, art. II, p. 29.

En cuarto lugar, las proposiciones “poéticas son aquellas que se componen de elementos cuya función propia consiste en provocar en el espíritu la representación imaginativa de un modo de ser o cualidad de la cosa de que se habla (...). Aunque sepamos que lo que nos sugieren las elocuciones poéticas respecto de un objeto no es tal como ellas nos lo sugieren, sin embargo obramos tal y como obraríamos si estuviéramos seguros de que es así, porque el hombre muchas veces obra en consecuencia de lo que imagina, más que siguiendo lo que opina o sabe (...). Las elocuciones poéticas se emplean únicamente cuando se dirige la palabra a un hombre a quien se le desea excitar a que haga una cosa determinada provocando en su espíritu una emoción o sentimiento e inclinándole así con arte a que la realice”.⁶

Así pues, las proposiciones poéticas se componen de representaciones imaginativas,⁷ que aunque no siempre presenten la verdad o necesidad de lo real, sin embargo pueden captar el ánimo de tal modo que proporcionen una certeza total. El discurso poético posee la virtualidad de mover los sentimientos, hasta el punto de generar certezas y convencimientos incluso allí donde no hay base objetiva para la certeza. Además el convencimiento logrado por la argumentación poética puede ser tan intenso que mueva a actuar inmediatamente. Es decir, las imágenes dotan al discurso poético de una particular fuerza para la acción.

⁶ *Catálogo de las ciencias*, art. II, pp. 29-31.

⁷ Sobre la imaginación, cf. *La ciudad ideal*. Trad. Manuel Alonso. Madrid: Tecnos, 1995, pp. 56-60. “Los objetos exteriores producen en las potencias sensitivas auxiliares las representaciones de los sensibles. Los sensibles de distintas especies percibidos por los cinco sentidos convergen todos en una potencia sensitiva principal. De esos sensibles producidos en estas potencias se originan las representaciones de los fantasmas en la potencia imaginativa, en la cual se conservan, aun desaparecida la constatación de los sentidos externos. La imaginación como juez los examina; unas veces separa unos de otros, otras veces los compone entre sí en tantas especies de composiciones que no se pueden contar; y unas veces son falsas y otras son verdaderas” (p. 67). No obstante, en relación con la racionalidad poética, la función clave de la imaginación es la imitación: “La imaginación, además de emplearse en conservar las impresiones de los sensibles y en componerlos unos con otros, tiene una tercera función que consiste en la imitación. Entre todas las potencias del alma es característico de la imaginativa este poder de imitar los objetos sensibles que guardados perseveran en ella. Unas veces forma una imagen a imitación de los sensibles propios de los cinco sentidos, componiéndolos con los sensibles que guarda, a imitación de aquéllos; otras veces imita los inteligibles; otras remeda a la potencia nutritiva; otras a la apetitiva; forma finalmente imágenes mixtas a imitación de lo que hay en los cuerpos” (pp. 74-75); en general, en relación a los sueños y la profecía, cf. pp. 74-81.

Por último, las proposiciones “sofísticas son aquellas cuya función propia consiste en inducir a error al entendimiento, extraviarlo y confundirlo, a fin de que llegue a sospechar que es verdad lo que no lo es y recíprocamente”.⁸ Nuevamente las certezas subjetivas pueden ser aquí fuertes, hasta el punto de confundir y engañar haciendo creer que no es verdad lo que lo es.

Como ya se ha indicado, hay una subordinación entre los diversos saberes. Entre las ocho partes de la lógica, la que versa sobre la demostración apodíctica “es la primera y principal por razón de su nobleza y primacía. El único fin que la lógica se propone realizar, *intentione prima*, es el objeto de esta parte; todas las otras partes han sido hechas tan sólo por razón de ella, pues las tres que la preceden [*Categorías, De la interpretación, Analíticos Primeros*] son preliminares, introducciones, caminos para llegar a ella; y las cuatro restantes que la siguen obedecen a dos causas: es la primera que, en cada una de esas partes hay reglas que sirven de ayuda y auxilio (...); es la segunda causa el estar en guardia para evitar confusiones; porque si esas artes demostrativas no se distinguen bien entre sí, con distinción *in actu* unas de otras, hasta el punto de que se conozcan los cánones de cada una de ellas separadamente, distinguiéndolos de los cánones de las otras, no podrá estar seguro el hombre, cuando busque la verdad cierta, de no servirse de argumentos dialécticos, sin saber que lo son, y apartarse así de la certeza para dar en meras opiniones probables; o de emplear, sin darse cuenta, pruebas retóricas que sólo le conducirían a la persuasión; (...) o bien se servirá, sin advertirlo, de elocuciones poéticas, así formulará sus juicios apoyándose sobre meras representaciones imaginativas”.⁹

Para Alfarabi, por tanto, racionalidad plena y ciencia se identifican. Los demás usos de la racionalidad son sólo preliminares o auxiliares con respecto a la filosofía o ciencia, que es la racionalidad por antonomasia. Esta jerarquía entre las formas de racionalidad se corresponde con una jerarquía entre las personas de cualquier sociedad. Hay una élite, que son quienes hacen ciencia, y por debajo de ellos, la gran mayoría de la población, el vulgo, incapaz de pensar según métodos científicos. No obstante, entre la élite de

⁸ *Catálogo de las ciencias*, art. II, p. 27.

⁹ *Catálogo de las ciencias*, art. II, pp. 35-36.

filósofos o científicos y el vulgo ignorante, hay una diversidad de saberes intermedios que se valen de la retórica, la dialéctica o la poética.¹⁰

Sin embargo, a pesar de esta jerarquización de los saberes, hay algo común a las cinco formas de argumentación mencionadas (demostración, dialéctica, retórica, poética y sofística). Todas ellas se ocupan de la totalidad de las cuestiones: es decir, son formas de racionalidad que no son específicas de un campo particular de conocimiento, sino que abarcan el conjunto de lo real. Es decir, todas se ocupan de todos los temas, aunque el modo de hacerlo sea diferente en cada caso.¹¹ Habrá unos métodos más apropiados para un área de conocimiento, y otros más inapropiados, pero todos ellos pueden ser usados para cualquier cuestión.

Se trata de métodos o vías distintas. Por un lado, está la vía de la verdad necesaria e inmutable propia de la filosofía y la ciencia; y por otro, la vía de la opinión, donde tanto las premisas como las conclusiones carecen de la necesidad de la verdad. Junto a esta diversidad de métodos racionales, que discurren sobre la totalidad de las cuestiones, hay toda una serie de saberes particulares —como el derecho, la medicina o la gramática— que se ocupan de contenidos específicos, y que pueden servirse en mayor o menor medida de cada una de esos métodos.

3. Racionalidad práctica y política

Los fines son distintos en cada caso. La argumentación apodíctica se utiliza para obtener plena certeza; la dialéctica vale para polemizar y vencer al

¹⁰ “La élite se establece en primer lugar y en sentido propio entre los filósofos perfectos. Después entre los dialécticos, después entre los creadores de las leyes, después entre los teólogos y los juristas” (Alfarabi, *Libro de las letras*. Trad. José A. Paredes. Madrid: Trotta, 2004, Parte II, cap. I, p. 62).

¹¹ No obstante, unos métodos tienen más universalidad que otros: “En el *Libro de la Religión*, la dialéctica y la retórica parecen cumplir las funciones subordinadas de corregir y defender las opiniones y establecerlas más firmemente. La dialéctica es presentada como disponiendo de un campo más amplio que el de la demostración. Proporciona una poderosa opinión en aquellas cosas sobre las que la demostración ofrece certeza, en todas ellas o en parte de ellas. La retórica tiene un campo mucho más amplio: persuade respecto a las cosas que no pueden ser demostradas o analizadas por la dialéctica” (Muhsin S. Mahdi, *Alfarabi y la fundación de la filosofía política islámica*. Trad. Rafael Ramón Guerrero. Barcelona: Herder, 2003, pp. 145-146).

adversario (aunque sea uno mismo) moviéndose siempre en el círculo del sentir común; la retórica se emplea para persuadir de cualquier opinión; la poética para mover a la acción mediante representaciones imaginativas; la sofística, por último, sirve para engañar. Se puede hablar de lo mismo pero con finalidades diferentes. En todos los casos se piensa y se usa la razón. Pero al cambiar el fin, cambia también la forma de la argumentación.

Conviene advertir que no es arbitraria la inclusión de la retórica y la poética como partes del *Organon* –y en general la reordenación de la lógica–, ni se debe meramente a un accidente en la transmisión de los textos. Obedece también a una justificación presente en el propio Aristóteles, que establece una estrecha proximidad entre ciencia, dialéctica, retórica y poética, así como una vinculación de las diversas formas de argumentación con la filosofía práctica, esto es, con la ética y la política.

Las artes son de dos clases: una cuyo fin es alcanzar lo bello y otra cuyo fin es alcanzar lo útil. El arte que pretende alcanzar lo bello solamente es aquel arte que se llama filosofía y que se llama también sabiduría humana en sentido absoluto. (...) Puesto que lo bello es de dos clases, una que es conocimiento solamente y otra que es conocimiento y acción, el arte de la filosofía será de dos clases: una, aquella por la que se adquiere el conocimiento de los seres que no son objeto de la acción del hombre, y ésta se llama filosofía teórica; otra es aquella por la que se adquiere el conocimiento de las cosas cuya naturaleza consiste en ser hechas, entre ellas la capacidad de hacer lo bello, y ésta se llama filosofía práctica y filosofía política. (...) La filosofía política se divide en dos clases: la primera es aquella por la que se adquiere el conocimiento de las cosas bellas, los hábitos morales de los que proceden las acciones bellas y la capacidad de adquirirlos, por lo que las acciones bellas se convierten en adquisición para nosotros. Ésta se llama ética. La segunda comprende el conocimiento de aquellas cosas por las que los habitantes de las ciudades alcanzan las cosas bellas y la capacidad de adquirirlas y conservarlas para ellos. Ésta se llama filosofía política y ciencia política.¹²

Ciertamente para Alfarabi la prioridad entre la racionalidad teórica y la racionalidad práctica corresponde a la teoría: “La potencia racional puede ser práctica y puede ser especulativa. La práctica sirve a la especulativa, pero

¹² Alfarabi, *El camino de la felicidad*. Trad. Rafael Ramón Guerrero. Madrid : Trotta, 2002, pp. 67-68.

ésta no está al servicio de otras facultades: mejor dicho, tan sólo mediante ella se llega a la felicidad".¹³ Sin embargo, Alfarabi es consciente de que la sabiduría completa no es accesible a la inmensa mayoría de las personas,¹⁴ por lo que la racionalidad práctica y política adquiere un papel central entre los diversos fines de la racionalidad. De ese modo, la ciencia política se convierte en saber primero, en cuanto todos los demás saberes se subordinan a ella en la existencia social de los hombres.

La originalidad de Alfarabi estriba precisamente en dar unidad a la diversidad de formas de racionalidad,¹⁵ unidad siempre debatida entre los estudiosos de Aristóteles. Y lo hace con un golpe de audacia, mediante la vinculación¹⁶ de las diversas formas de racionalidad a la filosofía política.¹⁷ "La

¹³ *La ciudad ideal*, p. 72. Vid. también *El camino de la felicidad*, p. 68: "Puesto que solamente obtenemos la felicidad cuando estamos en posesión de las cosas bellas y puesto que las cosas bellas sólo llegan a ser posesión nuestra por medio del arte de la filosofía, se sigue necesariamente que la filosofía es aquella por la que alcanzamos la felicidad. Ésta es la que adquirimos por medio de la excelencia del discernimiento".

¹⁴ Alfarabi, *Libro de la religión*, en: *Obras filosófico-políticas*. Trad. Rafael Ramón Guerrero. Madrid: Debate-CSIC, 1992, p. 73: "Cuando no se conoce la felicidad, o conociéndola, no se la propone como fin de sus amores, sino que se propone por fin otras cosas distintas de ella y las ama el apetito y la reflexión investiga lo que entonces conviene hacer para obtener eso con la ayuda de los sentidos externos y de la imaginativa; cuando finalmente se ejecutan esas acciones mediante los órganos de los sentidos: entonces ninguna de esas acciones será buena y honesta".

¹⁵ *Catálogo de las ciencias*, art. V, p. 69.

¹⁶ "Las cosas que el hombre debe saber son de dos clases: una es aquella cuya naturaleza es ser conocida y no ser objeto de la acción del hombre, sino solamente ser conocida, como por ejemplo, nuestro conocimiento de que el universo ha comenzado a ser, que Dios es uno y como nuestro conocimiento de las múltiples razones de las cosas sensibles; la otra es aquella cuya naturaleza es ser conocida y ser objeto de acción, como nuestro conocimiento de que honrar a los padres es bueno, de que el engaño es feo, de que la justicia es bella, o como nuestro conocimiento de la medicina por la que se adquiere la salud. La perfección de aquello que consiste en ser conocido y ser objeto de la acción está en que sea realizado.; cuando se conocen estas cosas pero no va seguido por la acción, el conocimiento es vano e inútil. La perfección de aquello que consiste en ser conocido pero no ser objeto de la acción del hombre está solamente en ser conocido. Cada una de estas dos clases tienen artes que hacen posible alcanzarlas. (...) El fin de las artes por las que el hombre obra libremente en las ciudades es lo útil. El fin de aquellas por las que elige los modos de conducta y por las que adquiere la capacidad de hacer lo que elige es lo bello. El fin de aquellas artes por las que alcanzamos lo que solamente consiste en ser conocido es también lo bello, por el hecho de que su adquisición de la ciencia y la certeza es por la verdad, pues el conocimiento de la verdad y la certeza es indudablemente bello. Resulta, en consecuencia, que el fin de todas las artes es lo bello o lo útil" (*El camino de la felicidad*, pp. 65-67).

¹⁷ Cf. con detalle Muhsin S. Mahdi, *Alfarabi y la fundación de la filosofía política islámica*. Cf. también Salvador Gómez Nogales, *La política como única ciencia religiosa en al-Farabi*. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1980.

ciencia política se ocupa de las diversas clases de acciones y costumbres voluntarias, de los hábitos, caracteres, inclinaciones y disposiciones naturales, de los cuales derivan aquellas acciones y costumbres; de los fines por los cuales se obra; de cómo conviene que existan en el hombre, y cuál es la manera de ordenarlos en la dirección en que conviene que existan en él, y la manera de conservarlos”.¹⁸

La ciencia política –dada su universalidad y prioridad entre todos los saberes– se ocupa de todas las cosas, incluida la ciencia teórica sobre los principios. De una forma específica se ocupa del poder, ya que los fines del hombre no pueden lograrse sin poder. Y “esta autoridad no se obtiene sino mediante un poder y un hábito, de los cuales deriven las acciones capaces de hacerlos posibles y las acciones capaces de consolidar los que hayan aparecido. Tal poder es el reino y la realeza, u otro nombre que quiera el hombre darle; la política es el efecto de esta fuerza”.¹⁹ Esta autoridad es buena o mala según promueva o no la felicidad verdadera.²⁰

Para que el poder se use adecuadamente, señala Alfarabi, ha de aplicarse a los fines correctos, que son en primer lugar la felicidad de la sociedad política. Por tanto, el gobernante necesitará ciencia política pero también experiencia práctica para discernir en cada circunstancia las leyes universales aplicables a esas circunstancias. “El poder real bueno se compone de dos fuerzas: una, la fuerza que se funda sobre leyes universales; otra, la fuerza que el hombre adquiere mediante la producción de acciones civiles y mediante las prácticas de acciones en los caracteres; y los individuos en las ciudades adquieren la práctica y la prudencia en tales operaciones después de larga experiencia y ejemplo. (...) Con aquel poder y aquella experiencia puede estimar los actos según cada accidente, condición, ciudad o tiempo”.²¹ Así pues, el poder político requiere dos fuerzas: la ciencia política, en tanto que ciencia que proporciona leyes universales; y la fuerza de la experiencia que configura la prudencia.

Por ciencia política, sin embargo, hay que entender dos cosas: ciencia política teórica y ciencia política práctica. Ambas son necesarias para el

¹⁸ *Catálogo de las ciencias*, art. V, p. 67.

¹⁹ *Catálogo de las ciencias*, art. V, p. 68.

²⁰ Cf. *El camino de la felicidad*, p. 52.

²¹ *Catálogo de las ciencias*, art. V, p. 69.

gobierno además de la experiencia práctica y prudencial. “Las ciencias especulativas y prácticas tienen una fuerza adjunta, resultante de la práctica tenida durante la repetición de los actos en las ciudades y colectividades, y ella es la fuerza por cuyo respecto se inventan las leyes con las cuales son posibles las acciones, hábitos y costumbres según cada tribu o cada ciudad, o cada pueblo, y según cada condición o accidente”.²²

En el planteamiento de Alfarabi, resulta decisiva la experiencia práctica, hasta el extremo de que la ciencia política, siendo muy conveniente, no es absolutamente esencial. “No necesitan los reyes en ninguno de sus métodos y maneras de gobierno de la filosofía, tanto especulativa como práctica”.²³ No obstante, hay siempre algo de filósofo en el gobernante. “Pues todo el que es designado para el gobierno de la ciudad, o todo el que asume este cargo, o el que está preparado para asumirlo, se considera a sí mismo como élite, pues hay algo que le acerca a la filosofía, una de cuyas partes es la habilidad práctica suprema”.²⁴

El saber perfecto es el que integra el saber de los principios y el saber de la prudencia. Pero a su vez, tanto ese saber de los principios como el saber de la prudencia son completos en tanto se refieren al ámbito político. El sabio ideal es el fundador de la comunidad y no el pensador solitario. En su intento de sintetizar platonismo y aristotelismo, Alfarabi reinterpreta la figura del rey filósofo desde la filosofía práctica de Aristóteles, pero además lo hace desde la óptica de la comunidad islámica y la figura del profeta.

La prudencia es la facultad resultante de la experiencia que procede de una asidua dedicación a las acciones del arte en cada una de las ciudades y naciones y en cada una de las comunidades. Esta facultad es la aptitud para una excelente inferencia de las reglas por las que se determinan las acciones, los modos de vivir y los hábitos atendiendo a cada comunidad, a cada ciudad o a cada nación, bien sea según un cierto tiempo breve o de una cierta longitud determinada, o según el momento si es posible, y determinarlos también atendiendo a cada situación o circunstancia que ocurran en la ciudad, o en la nación o en la comunidad.²⁵

²² *Catálogo de las ciencias*, art. V, p. 71.

²³ *Catálogo de las ciencias*, art. V, p. 72.

²⁴ *Libro de las letras*, Parte II, cap. I, p. 61.

²⁵ *Libro de la religión*, p. 88.

La racionalidad práctica es tan relevante como la teoría. La sabiduría política no es solamente teoría política sino experiencia concreta de la acción política que implica la adquisición de reglas universales para la práctica política y la capacidad hermenéutica de determinar lo apropiado en cada circunstancia concreta. “La facultad por la que el hombre puede descubrir las reglas por las que él determina las acciones, atendiendo a lo que observa en cada comunidad, ciudad, grupo o individuo y atendiendo a cada suceso que tiene lugar en una ciudad, nación o individuo, es llamada por los antiguos ‘prudencia’. Esta facultad no se adquiere por el conocimiento de las generalidades de la ciencia ni por el cumplimiento de todas ellas, sino por una larga experiencia en los individuos”.²⁶ Dicho de otro modo, el sabio no es solamente el que conoce lo universal sino el que además sabe interpretar qué universalidades corresponden a cada acontecimiento singular y sabe actuar en consecuencia.

Así pues, aunque subsiste la unidad de la razón y de la lógica,²⁷ sin embargo las formas de racionalidad son diversas. Y lo son porque sus fines o usos son diferentes. Es decir, la racionalidad se desarrolla de formas diversas según su uso. Esto no equivale a caracterizar toda racionalidad como instrumental, ni tampoco a reducir la teoría a la racionalidad práctica. Pero sí supone una clara vinculación de la racionalidad con la acción, ya sea con la acción que es fin en sí misma –como el conocimiento de la verdad teórica–, ya sea con otras formas de acción. El fin de la acción es también el fin de la actividad racional. Y la diversidad de fines en la acción implica la diversidad de fines en la acción racional. El fin de la acción política se configura por Alfarabi como el fin que unifica en cada sociedad la diversidad de fines y de acciones.

²⁶ *Libro de la religión*, p. 87.

²⁷ Cf. *El camino de la felicidad*, pp. 68-75: la universalidad y prioridad de la lógica frente a los demás saberes está basada en que muestra los primeros principios, comunes a todos los hombres.

4. Historia de la racionalidad

Según Alfarabi, hay un uso de la racionalidad particularmente importante en la acción política: la divulgación de la verdad y del saber. Esto es consecuencia de la distinción entre élite y vulgo. Si sólo un pequeño número de personas, filósofos o científicos, poseen la plenitud de la verdad, el gobernante deberá tener como prioridad de su acción política la difusión de la verdad de la ciencia. Para esta finalidad de la divulgación del saber resultan determinantes la retórica, la poética y la dialéctica.

“Puesto que la dialéctica proporciona una poderosa opinión allí donde las demostraciones producen certeza, o en la mayoría de los casos, y la retórica produce persuasión en la mayoría de los casos en que no hay demostración ni tampoco consideración dialéctica, y puesto que la religión virtuosa no es sólo para los filósofos ni para aquellos cuya situación es comprender filosóficamente lo que se dice, sino la mayoría de aquellos a los que se les da a conocer y se les hace comprender las opiniones de la religión y aceptan sus acciones no están en aquella situación –sea por naturaleza, sea porque se han despreocupado de ello–, no siendo de aquellos que no comprenden las opiniones generalmente conocidas o los argumentos persuasivos, entonces, por esa razón, la dialéctica y la retórica son de gran utilidad para que, por medio de ellas las opiniones de la religión entre los ciudadanos sean confirmadas, asistidas, defendidas y consolidadas firmemente en sus almas, y para que por medio de ellas esas opiniones sean auxiliadas cuando se presente quien quiera inducir a error y a equivocación a sus habitantes por medio de la palabra y oponerse encarnizadamente a ellas”.²⁸ La religión, en particular, es concebida como la forma más idónea de expresar, defender y consolidar la verdad de la ciencia, sirviéndose de la poética, la dialéctica y la retórica.

Para exponer los diversos usos de las diversas formas de racionalidad, Alfarabi establece un escalonamiento histórico entre las diversas formas de saber: “Las facultades dialécticas y sofisticas, así como la filosofía basada en opiniones probables o la filosofía engañosa, preceden en el tiempo a la filosofía apodíctica, que es la demostrativa. Y si la religión es una religión humana, ha de ser posterior en el tiempo a la filosofía. Ya que, en general,

²⁸ *Libro de la religión*, p. 79. Cf. también pp. 72-73.

sólo mediante esta religión se procura instruir al pueblo en los asuntos teóricos y prácticos que han sido descubiertos por la filosofía, a través de métodos que producen en el público el entendimiento de estas cosas, mediante la persuasión, la imaginación o por medio de ambas. Las artes de la teología (*kalam*) y el derecho religioso (*fiqh*) son posteriores en el tiempo a la religión y sus seguidoras”.²⁹

A todos estos saberes les precede la formación de la lengua. En una nación sus habitantes “se esforzarán en poner el máximo orden en las palabras según su significado, y en expresar con modificaciones de las palabras las modificaciones semejantes de los conceptos”.³⁰ Una vez formados los significados propios para cada realidad, comienzan a desarrollarse la retórica y la poética: “A veces un significado se expresa no mediante el nombre que se estableció para él en un principio, sino mediante un nombre que, estando anteriormente dotado de un significado constante, era expresión de otra cosa. Esto ocurre cuando hay cierta relación entre ambos significados, como un parecido lejano o alguna otra cosa. Pero esta relación no se establece de un modo fijo con el segundo significado. Aparecen entonces las metáforas, los sentidos figurados y los equívocos (...), el enriquecimiento de las expresiones y del vocabulario, las modificaciones en el sentido de las palabras, su ordenación y su embellecimiento. Entonces empiezan a surgir, primero, la retórica, después, poco a poco, la poesía”.³¹

Así pues, dentro de la lógica, la primera en desarrollarse es la retórica, y a continuación la poética: “Sus premisas, sus palabras y sus discursos son, al principio, retóricos, pues esto es lo primero en aparecer. (...) Las novedades continúan desarrollándose poco a poco hasta que aparece en ellos el arte de la retórica, que es la primera de las artes lógicas. Con su desarrollo, o después de éste, empieza el uso de símbolos de los conceptos y de figuras que los sustituyen o que permiten su comprensión. Así se originan las expresiones poéticas. Esto no deja de desarrollarse, hasta que, poco a poco, aparece la poesía y se origina, de entre las artes lógicas, el arte de la poesía,

²⁹ *Libro de las letras*, Parte II, cap. I, pp. 57-58.

³⁰ *Libro de las letras*, Parte II, cap. III, p. 68.

³¹ *Libro de las letras*, Parte II, cap. III, pp. 71-72.

ya que en la naturaleza del hombre hay algo que aspira al orden y a la armonía en todas las cosas”.³²

La retórica está asimismo en el inicio de la investigación teórica de las causas, una vez que se han desarrollado el conjunto de las artes prácticas. “Los métodos retóricos son los primeros que utiliza en la investigación de las causas, cuando corrige por sí mismo las opiniones y enseñanzas de otros y cuando repasa sus métodos. Ya que los métodos retóricos son los primeros métodos silogísticos que se conocen. De este modo aparece la investigación de los asuntos técnicos y de los naturales. Los que teorizan acerca de estas cuestiones no cesan de utilizar los métodos retóricos, de modo que difieren entre ellos las ideas y los sistemas y crece la discusión acerca de las ideas que cada uno ha comprobado por sí mismo, y de las que cada uno ha tomado y revisado de los otros. Pues cada uno de ellos necesita justificar y documentar los métodos que ha empleado, si encuentra alguna oposición en la revisión y discusión de sus ideas, de modo que se esfuerza en establecer estas ideas para que no haya oposición, o que ésta no pueda mantenerse con facilidad. Y no cesan de esforzarse y de examinar las pruebas más fiables hasta que, después de un tiempo, se instituyen los métodos dialécticos”.³³

Desde el punto de vista del desarrollo de la investigación teórica de las causas —o con otras palabras, desde el punto de vista del progreso de la ciencia— a la retórica le sigue la dialéctica; y a la dialéctica le sigue la ciencia. Y es que al discurso persuasivo le sigue el debate. El discurso retórico pretende persuadir sobre una cuestión a quienes reciben su discurso. Pero es normal que surjan entonces otros discursos retóricos contrapuestos al primero, que sostienen tesis contrarias. En tal caso, la controversia es inevitable, y el discurso retórico se transforma en dialéctico. En este punto, no sólo se ha de persuadir sino además ha de vencerse al discurso opuesto.

Entonces distinguen los métodos dialécticos de los métodos sofísticos, que anteriormente usaban sin distinción, pues los métodos retóricos eran comunes a ambos y estaban mezclados

³² *Libro de las letras*, Parte II, cap. III, p. 73. Al lenguaje, a la retórica y a la poética le seguirán después otros saberes: el arte de memorizar, la ciencia de la lengua y el arte de la escritura (*ibid.*, cap. IV, p. 80).

³³ *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, pp. 83-84.

con ambos. Después de esto son rechazados los métodos retóricos y son utilizados los dialécticos. Y puesto que los sofísticos son parecidos a los dialécticos, mucha gente utiliza los métodos sofísticos en la investigación y comprobación de las ideas. Después se afianzan los métodos dialécticos en la consideración de las cosas teóricas, en su investigación y en su comprobación, y son rechazados los sofísticos, que sólo se utilizan en circunstancias de examen o de prueba.³⁴

La consolidación de la dialéctica implica, por tanto, no solamente la superación de la retórica, sino además su distinción de la sofística. “Los procedimientos dialécticos no cesan de ser utilizados hasta que llegan a su perfección, y se pone de manifiesto que estos métodos no son suficientes para que surja la certeza racional. Y entonces la investigación busca métodos para alcanzar un conocimiento y una enseñanza demostrativos. (...) Con esto aparece claramente para ellos la diferencia entre los métodos dialécticos y los métodos demostrativos”.³⁵ El paso de la dialéctica a la ciencia supone la superación de la controversia en una doctrina verdadera, capaz de responder a las objeciones de las posiciones enfrentadas dialécticamente.

Con todo, el progreso del saber no termina aquí. Una vez que se ha consolidado la ciencia demostrativa, “la gente dirige entonces su atención a la ciencia de los asuntos políticos, asuntos cuyos principios son la voluntad y el libre albedrío. E investigan estos asuntos con métodos dialécticos mezclados con métodos demostrativos, de modo que se alcanza, con los métodos dialécticos, la máxima seguridad posible que estos métodos permiten, hasta que están a punto de convertirse en científicos. Y no cesa hasta que llega el estado de la filosofía a lo que era en tiempo de Platón”.³⁶ Por consiguiente, no es la ciencia el término del progreso, sino la ciencia política: es decir, la ciencia relativa a la práctica social. Platón representa en este sentido la expresión máxima de la racionalidad científica aplicada a la vida social.

Es desde aquí, desde la consolidación de la ciencia política, desde donde se pueden diferenciar y articular adecuadamente todos los métodos y sabe-

³⁴ *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, p. 84.

³⁵ *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, p. 84.

³⁶ *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, p. 85.

res. La ciencia política es el punto de referencia último para establecer el criterio de ordenación de los saberes. Por eso, después de los logros de Platón, Alfarabi entiende que Aristóteles supone un paso más allá en este desarrollo: "...hasta que el asunto alcanza el nivel que se había logrado en los días de Aristóteles. De esta forma, llega a su término la consideración científica y se distinguen todos los métodos, con lo que se completan en su totalidad la filosofía teórica y la filosofía práctica, que no se quedan en el estado de una investigación, sino que se convierten en artes que se limitan a ser aprendidas y enseñadas".³⁷ El punto culminante, por tanto, está en que el progreso del saber permita no sólo diferenciar todos los saberes y unificarlos desde la ciencia política, sino además en que todos los saberes puedan ser aprendidos y enseñados. Éste es el signo distintivo de la ciencia y de la verdad ya para Platón: la identidad y la unidad, que posibilita que sea la misma doctrina la que se enseña y la que se aprende.

No obstante, la enseñanza de la ciencia sólo puede ser transmitida a unos pocos capaces de comprender los métodos demostrativos. Para la mayoría de los ciudadanos, la enseñanza ha de seguir otros métodos. "Hay una enseñanza especializada para la élite y una enseñanza común para todos. La primera utiliza sólo métodos demostrativos, mientras que la común, que es la vulgar, se sirve de métodos dialécticos, retóricos o poéticos. Ahora bien, los métodos retóricos y los poéticos son los más adecuados para ser utilizados en la enseñanza del pueblo, acerca de aquello que ha sido establecido y confirmado con argumentos demostrativos sobre los asuntos teóricos y prácticos."³⁸

Por consiguiente, la verdad de la ciencia no puede ser difundida por medios demostrativos. La difusión y divulgación de la ciencia ha de seguir otros métodos apropiados para la mayoría de la población: el método de la dialéctica, la retórica y la poética. Quienes gobiernan han de distinguir claramente entre las doctrinas verdaderas –alcanzadas por métodos demostrativos– y su divulgación –que ha de emplear otros métodos. Tan necesarios serán los argumentos demostrativos que proporcionan las conclusiones verdaderas, como los argumentos retóricos, poéticos y dialécticos, que hacen eficaz la difusión de dichas verdades.

³⁷ *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, p. 85.

³⁸ *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, p. 85.

Legislar para una sociedad particular forma parte de la difusión y divulgación de las verdades de la ciencia. Es decir, la legislación no puede seguir únicamente argumentaciones demostrativas, sino que ha de servirse principalmente de argumentos poéticos y retóricos, que sean inteligibles para el pueblo. “El arte que establece las leyes tiene en su grado máximo la capacidad de representar, de forma imaginativa, aquellos conceptos teóricos que resultan difíciles para el pueblo, y es el que mejor puede descubrir las acciones políticas útiles para conseguir la felicidad, y el que dispone de la máxima capacidad de persuasión acerca de los asuntos teóricos y prácticos, pues en su enseñanza al pueblo cuenta con todos los métodos con los que se puede producir la convicción”.³⁹ La acción legislativa y política se basa, en consecuencia, en imágenes y representaciones persuasivas. Sólo de este modo las leyes son comprensibles y aceptables para ser obedecidas por el pueblo. El legislador, sin embargo, conoce la verdad científica oculta detrás de dichas representaciones imaginativas. Se trata de la verdad relativa a la verdadera felicidad y a los medios verdaderos para alcanzarla.

Esta ley persuasiva dirigida al pueblo, y confeccionada por medio de representaciones e imágenes, se expresa en la religión: “Cuando se han establecido las leyes en estas dos categorías –teóricas y prácticas–, y se les han añadido los métodos con los que se convence, se enseña y se educa al pueblo, surge la religión, mediante la que el pueblo recibe enseñanza y educación, y con la que es tomado todo lo que lleva a la felicidad”.⁴⁰

La religión y el derecho son formas de saber que utilizan los métodos de la dialéctica, la retórica y la poética, y no el método demostrativo de la ciencia. “El arte del derecho es aquel arte por el que el hombre es capaz de inferir y deducir una correcta determinación de cada cosa, cuya definición no hizo explícita el legislador, tomándola de aquellas cosas cuya determinación sí hizo explícita, y cuya justificación estará de acuerdo con el objetivo del legislador en la religión que ha legislado y en la nación para la que ha fijado una ley”.⁴¹ Y otro tanto vale para la teología: “El arte del *kalam* es una propiedad por la cual el hombre puede defender los dogmas y los actos exigidos

³⁹ *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, p. 86.

⁴⁰ *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, p. 86.

⁴¹ *Libro de la religión*, p. 80. Cf. también *Catálogo de las ciencias*, art. V, pp. 72-73.

por el fundador de la religión, y condenar todo lo que se oponga a ellos por medio de razonamientos".⁴²

Si la religión enseña las cosas teóricas solamente por medio de imágenes y de la persuasión, entonces sus seguidores no conocerán otros métodos de enseñanza diferentes a estos dos. Pues es manifiesto que la teología, que es posterior a la religión, sólo da conocimiento de las cosas que son de fe, y no corrige nada de las enseñanzas del credo religioso sino con métodos y discursos persuasivos, especialmente cuando se propone la comprobación de los ejemplos de la verdad considerándolos la verdad misma. La persuasión sólo es posible con las ideas básicas comunes a todos, que se conocen sin reflexión, mediante sentimientos y analogías, y, en suma, mediante los métodos del sermón religioso: sea con discursos, sea con otros asuntos ajenos al sermón. Pues el teólogo se reduce, en su confirmación de las cosas teóricas, a los principios de la opinión comúnmente admitidos. En esto comparte los puntos de vista del pueblo. Pero a veces revisa esas primeras opiniones; sin embargo, únicamente las revisa utilizando otras primeras opiniones comúnmente admitidas. La máxima seguridad que alcanza consiste en establecer su opinión mediante la refutación dialéctica.⁴³

5. Racionalidad y diversidad cultural

Alfarabi insiste reiteradamente en que cada pueblo o nación posee unas firmes opiniones compartidas, que se traducen en una particular imagen del mundo, en un particular derecho, y también en una religión y teología parti-

⁴² *Catálogo de las ciencias*, art. V, p. 73. "El arte del *kalam* se divide en dos partes: una acerca de los dogmas, y otra acerca de las operaciones señaladas por el fundador de la religión. El alfaquí acepta los dogmas y las operaciones prescritos por el fundador de la religión sin examen y los toma como principios para poder deducir de ellos las cosas obligatorias en la religión. El *mutakallim* defiende las cosas que el alfaquí toma como principios, sin que deduzca de ellas otras cosas nuevas". Cf. *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, pp. 86 ss.

⁴³ *Libro de las letras*, Parte II, cap. I, pp. 59-60.

culares. En este sentido, el uso de la racionalidad dentro de una cultura particular es típicamente dialéctico y está circunscrito a los límites de esa cultura.

Los conocimientos comunes, que son los principios de la opinión admitidos por todos, son anteriores en el tiempo a las artes prácticas y a los conocimientos que distinguen unas disciplinas de otras. Pero todos estos son aún conocimientos vulgares. Estos conocimientos son los primeros que se producen y componen los miembros del pueblo. Las masas y el pueblo existen en países y lugares determinados, son creados con un aspecto y se les da forma en cuerpos (bien) definidos, que tienen propiedades y temperamentos precisos, y sus mentes están preparadas y dirigidas hacia conocimientos, imaginaciones y fantasías, cuyas medidas están determinadas según la cantidad y la calidad. –Y todo esto es más fácil para ellos que cualquier otra cosa–. Las impresiones se producen en ellos en una dirección y según medidas determinadas en la cantidad y en la cualidad –y esto es lo más fácil para ellas– y sus órganos están preparados para que sus movimientos se realicen de una forma y en una dirección que resultan más fáciles que si se realizasen de otra forma o con otra dirección.⁴⁴

La dialéctica, la retórica o la poética expresan un saber que no pretende ser universal y necesario, sino particular, contingente y dirigido a la acción. Pero aún así, son formas de racionalidad aptas para transmitir certeza en mayor o menor grado. “La retórica es la mejor para persuadir al pueblo acerca de las cosas a las que éste dedica su interés, en la medida de los conocimientos que posee, y según las premisas de los principios de la opinión comunes a todos y anteriores a la reflexión, usando palabras en una posición primera del modo a que está acostumbrado el pueblo. El arte de la poesía representa con la palabra imágenes de estas cosas”.⁴⁵

Según Alfarabi, la racionalidad científica expresa el orden del universo: la verdadera realidad, que procede de la iluminación del intelecto agente, y

⁴⁴ *Libro de las letras*, Parte II, cap. II, p. 63.

⁴⁵ *Libro de las letras*, Parte II, cap. IV, p. 80.

en último término de la iluminación del Intelecto Primero, esto es, Dios. Se trata de un orden necesario y universal, que procede del Uno, que expresa una verdad sin discrepancias. En cambio, las otras formas de racionalidad expresan un orden contingente de existencias diferenciadas y opiniones discrepantes.⁴⁶

El saber de la ciencia es un saber de la unidad y la identidad. Trata de expresar aquello idéntico de la realidad que permanece siendo lo mismo en cualquier circunstancia: en cualquier espacio o tiempo, con cualquier individuo, en cualquier situación. La dialéctica, en cambio, es apta para expresar las diferencias de sentido. Quienes dialogan o debaten expresan sus afirmaciones desde diversos puntos de vista, esto es, desde diferentes sentidos. Por ello, es posible afirmar la contradicción en la unidad dialéctica, ya que no se afirman las tesis opuestas en el mismo sentido sino en sentidos diversos. La unidad de la dialéctica integra la contradicción. Además la dialéctica no pretende ir más allá de opiniones probables compartidas por la mayoría. Por consiguiente no pretende establecer premisas universales sino reducidas a un ámbito público particular. La religión o el Derecho son particulares de una nación o comunidad, y su validez queda reducida a ese ámbito.⁴⁷

La teología estará en una relación de subordinación respecto a la filosofía, y esta relación estará mediada por la religión: pues ésta busca, corrige y establece, mediante aquello que es conocido por todos en los principios de la opinión comúnmente admitidos, aquello que, en un primer momento, fue probado en la filosofía de un modo apodíctico, de manera que se establezca una enseñanza común para todos. En esto el teólogo se separa también del pueblo, y por eso se le considera miembro de la élite,

⁴⁶ Cf. *La ciudad ideal*, pp. 80-81: cuando la imaginación en un hombre es perfecta, entonces el entendimiento agente imprime también objetos particulares. Es el caso de la profecía: "Nada impide el que un hombre cuya imaginativa es perfecta, reciba del entendimiento agente, aun en el estado de vigilia, objetos particulares, presentes y futuros o sus representaciones o imitaciones sensibles, o que reciba representaciones referentes a los inteligibles separados y demás seres nobles y que el hombre los esté viendo. Así mediante los inteligibles que recibe, habrá una profecía de las cosas divinas".

⁴⁷ Cf. *Libro de las letras*, Parte II, cap. VI, pp. 89-93, acerca de las diferentes formas de enfrentarse o armonizarse la religión y la filosofía, según las circunstancias en que cada nación recibe una religión y una filosofía; el papel de la dialéctica y la retórica variará según tales circunstancias.

no de la masa. Y conviene que se sepa que forma parte de la élite, aunque en relación con la gente de esa religión solamente, mientras que la especialidad del filósofo se refiere a todos los hombres y todas las naciones.⁴⁸

En este sentido, la relación entre ciencia y religión es similar a la relación entre lógica y gramática: la ciencia y la lógica tienen una validez universal mientras que la religión y la gramática pertenecen a ámbitos particulares: “Ésta es la diferencia que existe entre la manera de estudiar las palabras los gramáticos y los lógicos; porque la gramática da los cánones que son peculiares a las palabras de un determinado pueblo y considera los fenómenos que son comunes a aquella lengua y a otras, no en cuanto comunes, sino en cuanto se observan en dicha lengua, para la cual aquella gramática ha sido redactada. En cambio, los cánones que la lógica da acerca de las palabras atañen solamente a los fenómenos que son comunes a las palabras de todos los pueblos y considerados en cuanto comunes, sin estudiar ni uno solo de los que son privativos de las palabras de un pueblo determinado”.⁴⁹

También la teología y el derecho son saberes particulares de cada nación y religión. La teología es más universal, puesto que se ocupa de asuntos teóricos —y en esa medida, universales— y normas prácticas universales, mientras que el derecho se mantiene siempre en el ámbito de las normas particulares. Pero también la teología es particular en tanto que supone la reflexión sobre una religión particular de una nación. “Si la nación reflexiona sobre lo que se encierra en la religión, y hay algunos individuos que toman lo declarado por el fundador de ésta, y que es admitido por todos, acerca de los asuntos prácticos particulares, procurando, a partir de aquí, poner en claro aquello que no ha sido declarado por el fundador acerca de otras cuestiones prácticas concretas, e imitando, en aquello que establecen ahora, lo que estableció el fundador, aparece el arte del derecho religioso (*fiqh*). La nación deseará, entonces, descubrir todo aquello que no ha declarado el fundador de la religión acerca de los asuntos teóricos y las cuestiones prácticas universales, e imitará, en aquello que establece de nuevo sobre

⁴⁸ *Libro de las letras*, Parte II, cap. I, p.60.

⁴⁹ *Catálogo de las ciencias*, artículo II, p. 24. Sobre la diferencia entre gramática y lógica, cf. también *El camino de la felicidad*, pp. 71-75.

todas estas cosas, lo que declaró, acerca de estos asuntos, el fundador de la religión. Aparece entonces un arte distinto: el arte de la teología”.⁵⁰ Una acomodación similar se produce en el terreno del lenguaje cuando una nación recibe una nueva religión o filosofía, puesto que carece a menudo de términos o expresiones adecuadas para significar los nuevos conceptos o imágenes.⁵¹

La retórica tampoco pretende expresar certezas que se correspondan con verdades universales y necesarias, sino certezas particulares –aunque sean absolutas– reducidas a unos individuos concretos, a unos sentimientos particulares y a unas circunstancias singulares. Se trata de persuadir aquí y ahora, proporcionando certezas aquí y ahora.

Con respecto a los otros usos de la razón se podrían añadir indicaciones similares. En todos esos casos, se piensa no la verdad de la identidad sino la verdad de las diferencias. Esto sucede siempre que el pensamiento recurre a las imágenes y representaciones, que son necesariamente particulares. Pensar por medio de representaciones implica la particularidad: “Los sabios de los Estados Modelo son los que conocen estas cosas mediante demostraciones apodícticas (...). Los demás las conocen por las imágenes que las representan, porque en su espíritu carecen de disposición para entender las cosas en sí mismas o porque no puede más su naturaleza, o porque tal es su costumbre de conocer. Ambas especies de conocimiento son aceptables; pero la de los sabios es sin duda mejor. (...) Tales cosas se las representan cada Nación y aún los habitantes de cada ciudad mediante las imágenes que más y mejor conocen. Pero tal vez varían mucho o poco esas imágenes según las diversas Naciones, de manera que unas Naciones representan esas cosas de un modo distinto de cómo las representan otras. De donde puede ocurrir que Naciones Modelo y Estados Modelo difieran en la religión, a pesar de que todos busquen una misma felicidad y todos intenten un mismo fin. Cuando estas cosas comunes a todos son conocidas mediante demostraciones apodícticas, es imposible que en la manera de hablar haya discrepancias...”.⁵²

Cada cultura posee una imagen de la realidad. Las diferencias culturales se corresponden con diferencias de nación, de Estado o de religión. En la

⁵⁰ *Libro de las letras*, Parte II, cap. V, p. 86.

⁵¹ Cf. *Libro de las letras*, Parte II, cap. VII, pp. 95-101.

⁵² *La ciudad ideal*, pp. 110-111.

medida que cabe una misma ciencia para todas las culturas, en esa misma medida las diferencias culturales dejan paso a la unidad de la ciencia, que incluye la unidad de la felicidad y la unidad del fin. Ahora bien, mientras existen las culturas particulares, domina la pluralidad de las representaciones. Lo ideal para Alfarabi sería la unidad de la ciencia pero este ideal es privativo de los sabios. Habrá, por tanto, que conformarse con el uso de la dialéctica, la retórica y la poética para pensar las diferencias de sentido que definen cada cultura.